

gres excursiones, y que son la cosecha y el regocijo de los grandes hoteles.

Cantos, disputas, carreras del despacho á los corredores, de los corredores al comedor

En el hotel no había desocupado un hueco en que cupiese un grano de trigo; pero los dueños se habían procurado unas piezas vacías á donde confinaban á los huéspedes sobrantes, con dependencia del hotel. Allí fuimos consignados; Francisco fué renegando.

Ocupamos un cuartito pequeño con catres por todas partes, arrimamos á las paredes nuestros equipajes y nos propusimos descansar.

La pieza en que estábamos era baja, las puertas que daban á la calle quedaron completamente abiertas, porque el cuarto era un horno.

Mucho mejoraron en aquellas circunstancias nuestra situación, las atenciones del Sr. General Benavides, quien con finura extrema hizo que se nos atendiese y que al día siguiente se nos alojase convenientemente.

El calor nos empujaba del cuarto; Francisco se sepultó en su catre, como quien se suicida. El General Benavides y yo quedamos en plática en unas sillas que sacamos á la calle; yo, al último, me mantuve en vela, dando rienda suelta á mis recuerdos.



XXII

Recuerdos.—Instalacion.—Paseo matutino.—Antiguos conocidos.—Suervielle.—M. Poincart.—El Dr. Cupples.—Comida en su casa.—María.

EL año de gracia, que maldita la que me hizo á mí, de 1866, me dió conocimiento mi asendereada fortuna con San Antonio de Béjar, con tan villano tino y con espíritu tan decidido de quemarme la sangre, que era precisamente cuando despejándose nuestro cielo de las negras nubes de la intervencion francesa, el regocijo nacional regaba de flores el regreso triunfal de Juarez al palacio de los Motezumas.

El ilustre general Patoni y yo, con nuestras familias, abandonamos el Paso del Norte en Diciembre de 1865, atravesamos con inauditas penalidades el desierto, en una travesía que duró más de un mes, y nos reconciliamos con el mun-

do habitado hasta el 5 de Febrero de 1866, día del proto-mártir aquel á quien reverdeció la higuera.

Caimos mi compañero de viaje y yo en San Antonio de Béjar en un hotelito de mediana fortuna, dirigido por una matrona francesa entendida y amable, con su servidumbre de negros, su comida á la francesa y sus huéspedes, en su mayoría mexicanos, con excepcion de Mr. Cupples, eminente médico inglés, severo y taciturno, que tenia por su cuenta un departamento del hotel.

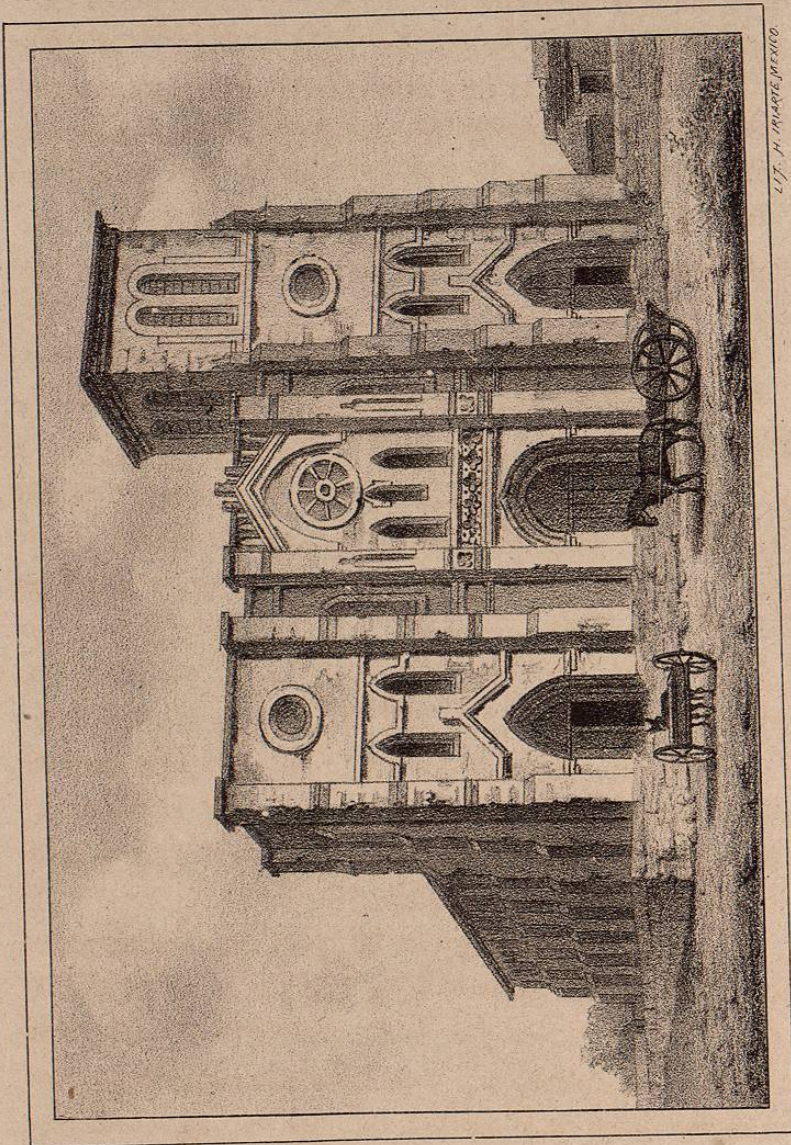
Los huéspedes mexicanos que alegraron nuestra llegada, eran el General Gonzalez Ortega, D. Benito Zenea, oficial del Ejército, los Generales Poucel D. Fernando, Carbajal Antonio y no recuerdo quiénes más.

Como es nuestra pícara costumbre, á los pocos días se relajaban las prescripciones de la casa, se introducian en la mesa nuestros platos favoritos, se cantaban al piano nuestras canciones, y el sabio médico inglés jugaba juegos de prendas con los emigrados de México, guisando en inglés los chistes mexicanos.

Hondas eran las penas que á varios de nosotros aquejaban, pero valerosa la lucha, en que al fin se sobreponia la juventud, y sobre todo, el orgullo de que ninguna de nuestras frentes se habia doblado al yugo ignominioso del invasor extranjero.

San Antonio constaba entónces de una sola calle amplia y regular, en que se caracterizaba la fisonomía americana. Calle con sus edificios altísimos, sus ventanas de persianas verdes, sus amplias banquetas ó aceras y sus tiendas de *groceries*, *bar-rooms* y almacenes.

Fuera de la calle y á la vista, con irregularidad completa,



Templo Católico Mexicano.
S. ANTONIO.

LIT. H. INIARTE MEXICO

veíanse estancias aisladas, iniciativas de calles, dilatadas cercas, sembrados, y casas de comercio, ya como en llanos y plazuelas, ya entre arboledas y jardines.

En las dos extensas plazas del centro de la población se distinguían, como mal avenidas con su ayuntamiento, casitas bajas y accesorias como las de nuestros pueblos, y edificios opulentos llenos de letreros, muestras y muebles americanos.

La iglesia cristiana de la antigua misión aparecía como fuera de quicio, como un sordo en un concierto, con su charrpa y sólida arquitectura, sus dos torres con sus campanas y su aspecto como de la parroquia de Mixcoac, sin barda y sin accesorios.

Análoga á la heterogeneidad de las casas era la de los habitantes: estaban como en lucha el sombrero ancho y el fieltro, la blusa y la chaqueta, la calzonera y el pantalón ajustado, la bota grosera y el zapaton desgobernado, el albardón y nuestra silla de montar.

En el mercado, en los campos, en todas partes, se notaba la propia lucha; pero con dolor se palpaba la desventaja de la competencia, la decadencia y el naufragio de nuestra raza.

De las alturas de la ciudad parecía descender, como torrente, la invasión americana, que iba arrollándolo todo, quedando en pié vacilantes algunas propiedades mexicanas de gente de algún viso; pero los infelices, despreciados, perseguidos, sin el auxilio del idioma, sin leyes y sin jueces, se refugiaban en los afueras de la ciudad, donde el barrio mexicano presentaba tristísimo aspecto.

A las orillas del cenagoso arroyo de San Pedro, entre las quiebras de un desigual lomerío, bajo enramadas, toldos de

lona y de cueros, en tertulia perpétua con perros, caballos y mulas, se albergaba la población mexicana, sucia y desnuda, llena de miseria y desprecio.

Muchos, para sustraerse de la situación descrita, imitaban el traje y los modales de la peor canalla, bebían con temeridad, usaban navaja, calzaban botas groseras, se ponían en cuclillas (postura muy yankee), á las puertas de las tabernas, y se convertían en espías y enemigos de los mexicanos.

Suelen las grandes corrientes arrastrar troncos y amontonar las basuras que barre, en sus orillas; así quedaba la población, como testimonio palpitante de lo que se espera á nuestra raza.

Llegaba á tal punto el desprecio y la humillación de los mexicanos, que habiendo invadido en aquellos días el cólera la ciudad, se cebó en ellos la epidemia; la misma caridad les mostraba desdenes.

El Dr. Cupples se hizo notable y cobró títulos á mi gratitud eterna, porque abandonando sus visitas lucrativas y costeando de su peculio abrigos y medicinas, se dedicó á ser la salvación y el amparo de los mexicanos, como lo fueron Suvervielle, el gran Víctor Considerant, de quien tengo la honra de ser amigo, y mexicanos como Douai, Elliot, Leal y los Sres. Miguel y Juan Manuel Gonzalez, modelos de generosidad y nobleza.

Cuando la epidemia se mitigó; cuando parecía haberse aplacado la horrorosa plaga, se anunciaba en los periódicos:

“El cólera se va: demos gracias á la Providencia divina. “Ya solo mueren algunos negros, y *siguen muriendo los mexicanos.*”

Acababan de pasar la guerra del Sur y la bonanza del

algodon: la primera destruyendo grandes fortunas y dejando en la orfandad muchas familias; le segunda derramando por todas partes cuantiosas riquezas é improvisando caudales en toda nuestra frontera y hasta Monterey y el Saltillo.

Al revés de California, en Texas, los hijos de mexicanos en general, borraban y como que escondían los recuerdos de sus padres, y éstos hacían más hondo é implacable su odio á los yankees.

La razón de esta diferencia es muy obvia. Los mexicanos enriquecidos de California se elevaron á una decente posición social, en medio de personas de todas las naciones: en Texas se abatieron bajo el yugo yankee, porque hasta hoy es cuando se está desarrollando el elemento alemán.

Era objeto de nuestro especial cariño, en el hotel que he descrito, una niña, nietecita de M. Jecks, que entonces tendría de seis á siete años.

Blanca, de azules ojos, rubia y tan espigada, ligera y gallarda, que la comparación con su conjunto sería grosera, si no apelara al recuerdo del celaje leve, dorado por los primeros rayos del sol, ó de la espuma flotante cuando se desliza, dejando apenas huella sobre las olas.

¡Qué alegre la contemplábamos! ¡cómo el doctor y yo, suspendiéndola de los bracitos, le fingíamos vuelo y reíamos de su reír estrepitoso y sincero!

Algun tiempo vivimos en el hotel; después nos establecimos en una casa sola con su cercado de verjas de hierro, sus amplios departamentos y su jardín espacioso.

En esa casa pasamos cerca de ocho meses Patoni y yo con nuestras familias, el pundonoroso y patriota general

Poucel y Benito Zenea, veracruzano entusiasta y á quien todos queríamos mucho.

Estos eran en confuso los recuerdos que evocaba yo en *Minger-Hotel*, miétras los criados acarreaban nuestros baúles y maletas y nos establecíamos en nuestros respectivos cuartos en toda forma.

Apénas cumplí con las reglas de mi poco fervoroso culto á la diosa del tocador, cuando salí á la calle en pos de mis recuerdos y de mis amigos y conocidos.

¡Cuán otro estaba San Antonio y qué sorprendente habia sido su desarrollo en ménos de doce años!

A los lados de la calle principal de uno y otro viento hay risueñas estancias, frondosas arboledas y calles como en Orleans y otras ciudades americanas.

Las toscas cercas y corrales se habian trasformado en barandales y jardines, atravesaban vistosos carruajes la ciudad y me parecía más que duplicada la poblacion.

Dirigíme á la casa de M. Suvervielle: su misma escogida librería, su botella de rapé en el escritorio, su ancha poltrona, sus golosinas en la pieza interior.

—Ah de casa!

—Allá van.

Fresco, regordete, alegre, con sus pantuflas y su sombrero de jipijapa.

—Oh, mi D. Guillermo!

Otros cincuenta abrazos.

—Siéntese vd., mande vd.: aquí, como siempre, es de vd. toda la casa.

—No me detengo, voy en pos de Poinart y de Cupples.

A cincuenta pasos, tomando por la calle real, medio hun-

dida, descubrí la casita de madera de Poinart, mecánico excelente.

Es M. Poinart chiquitin, colorado, alegre, de nariz roma y movimientos listos, recalca la *r* para hablar, sus pequeñitos ojos son el asiento de la malicia y el buen humor.

Entre exquisitas pinturas, relojes, formones, máquinas para destilar agua, telescopios y serruchos, tiene M. Poinart sus poetas favoritos, ostenta su intimidad con Beranger, tutea á Voltaire y se da sus ratos de solaz con Alfonso Karr, con Dumas y con Alfredo de Musset.

Al descubrirme, me saltó al cuello este viejo querido, me tomó del brazo y no lanzamos nuestra primera palabra sino frente á dos vasos de cerveza, riendo sin saber de qué, pasando alegre revista de nuestros amigos y extraviando la charla por los más escondidos vericuetos de la íntima confianza . . .

—¡Eh! amigo Elliot, aquí, aquí, venga vd., aquí está D. Guillermo.

Y Elliot, que es un gordiflon muy campechano, se entró en mangas de camisa, como andaba en la calle, en el *bar-room*, y quedamos aplazados para cuando volviese de la casa de mi Dr. Cupples.

La botica en que refrescaba en los dias de grandes calores habia desaparecido; la opulenta casa de los Sres. Gonzalez estaba trasformada en oficinas militares y despacho del General Ord, la reducida piececita del Correo era una casa de comercio y el Correo tenia su edificio separado, elegante, y con todas las dependencias que exigia el acrecimiento de la poblacion.

Llegué por fin solitario, apoyado en mi baston, silencioso

y meditabundo, al que fué nuestro hotel y hoy es habitacion del Dr. Cupples.

La casita desaparece casi en raudales y cortinas de follaje que cuelgan y se balancean sobre el jardin más lleno de vistosas flores y más esmeradamente cultivado que se puede imaginar.

Lo que ántes era patio posterior, era jardin tambien, pero lleno de corpulentos árboles con sus calzadas de menuda arena, sus *kioskos* y sus enredaderas en los pilares del corredor inferior.

La aparicion en tropel de mis recuerdos; la ausencia eterna de mi adorada compañera de infortunios; la separacion de mis hijos; el fin trágico de Patoni; la situacion de Ortega, todo me preocupó y llenaba mi alma de tal modo, que no percibí que Katty, que es ya una lindísima señorita, desde el corredor superior de la habitacion apartaba las yerbas y veía y seguía los movimientos del viejo, que con los ojos clavados en el suelo permanecía mucho tiempo entregado á profunda contemplacion.

Sin duda para saber quién era el visitante inmóvil, hizo algun ruido; levanté mis ojos, oí mi nombre, y la linda muchacha vino gritando regocijada los nombres de María y de mis hijos: como si hubiera sido mi hija, queria darme el brazo, quitarme el sombrero, llevar mi baston, que me rodearan las criadas y criados, y que Lora, su mamá, que fué de nuestra familia, hiciese festin y mandase llamar al doctor.

¡Qué lindo se platica cuando las palabras solo son pretextos de lo que se dice y siente el corazon! ¡qué de palabras cortadas! ¡qué de risas intempestivas! ¡qué quererlo saber

todo y que todos escuchen lo que á nosotros nos halaga y saboreamos como empapado en almíbar!

Venia en la calle el doctor, y Katty ya me anunciaba como una feliz nueva, viniendo á mis brazos el noble y generoso amigo, á enorgullecerse de tener lugar distinguido en mi corazon.

El Dr. Cupples es inglés de sangre pura y aristocrática: su cútis es suavísima como la de la más cuidada señorita; sus cabellos, en hilos de oro y plata, embellecen su frente luminosa, y en su mirada se abre paso la sabiduría, entre los reflejos de la bondad.

La voz de mi doctor es apagada y quejosa, pero llena de dulzura; todo lo grande del sentimiento; todo lo más elevado de la ciencia, tienen su culto en aquel noble corazon y en aquella clara inteligencia.

—Oh, D. Guillermo! mi D. Guillermo!

—No quiere tomar nada, dijo Katty.

—Vea vd., D. Guillermo, su cuarto, su mesa y las plumas con que escribia.

—Lora, ve á traer esa buena cerveza que es la del Sr. D. Guillermo: ¿dónde está su equipaje? ¿ya avisaron lo que come D. Guillermo?

Y todo eran finezas y todo cariño. Anuncié la visita del Sr. Gomez del Palacio; se recibió con júbilo la noticia y quedamos aplazados para comer en familia, frente al jardin, pasándose invitacion especial á Gomez del Palacio y á Mr. Suvervielle, que es conocedor de nuestras costumbres, de nuestras leyes y de los negocios de la frontera, como muy pocos mexicanos.

A mi regreso al hotel, iba entrando, ya en el Correo para